

TUCAN  8+

Chelo Holmes en el corazón de la pirámide

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

Ilustraciones de Manuel Ortega



edebé



Chelo Holmes en el corazón de la pirámide

Daniel Hernández Chambers

Chelo Holmes en el corazón de la pirámide

Ilustraciones: Manuel Ortega



edebé

© Daniel Hernández Chambers, 2016
www.danielhernandezchambers.com
Autor representado por Silvia Bastos S.L. Agencia literaria
www.silviabastos.com
© *Ilustraciones*: Manuel Ortega, 2016

© Ed. Cast.: edebé, 2016
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebé.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora de literatura infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de las cubiertas: César Farrés

1.^a edición, septiembre 2016

ISBN 978-84-683-2777-8
Depósito Legal: B.
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A los alumnos del colegio San Roque
de Alicante, que se merecen
un libro y mucho más.*

Índice

Capítulo uno	9
Capítulo dos	17
Capítulo tres	27
Capítulo cuatro	39
Capítulo cinco	51
Capítulo seis	63
Capítulo siete	73
Capítulo ocho	81
Capítulo nueve	93
Capítulo diez	107
Capítulo once	115
Capítulo doce	125
Capítulo trece	135
Capítulo catorce	143

Primera parte
De viaje

Capítulo uno

Al abrir la puerta, Huan Shon se descubrió mirando frente a frente al anciano doctor Aurelius Fenron, el sabio de la Corte, con su pelo blanco como el algodón y su sonrisa de pícaro. Sostenía en su mano derecha un bastón, aunque era más por hacer juego con su capa y con el elegante traje que se había puesto para la ocasión, que porque lo necesitase realmente al caminar.

—Buenos días, querido Huan Shon.

—Buenos días, doctor Fenron.

—¿Me permite pasar?



—Pues... —el ratón dudó, no porque no quisiera que el sabio de la Corte entrase en el despacho, sino porque solo unos minutos antes había aparecido el príncipe Lionardo disfrazado con las ropas más sucias y desastradas que había encontrado, con la intención de convencer a Chelo Holmes de que era muy capaz de trabajar como aprendiz de incógnito, y si el doctor Fenron lo veía con aquel aspecto se acabaría eso de «incógnito».

—Oh, no tienes que preocuparte, Huan Shon —dijo entonces el anciano—. Sé muy bien que su alteza está aquí, y que va vestido como un mendigo. De hecho, le he visto salir de palacio y he imaginado que venía hacia aquí. No olvides que yo estaba allí cuando su alteza se ofreció a la señorita Holmes como aprendiz.



—Es verdad, usted estaba allí. Claro.

—Y, como digo, no tienes por qué preocuparte. La presencia del príncipe aquí seguirá siendo un secreto. ¿Puedo pasar ahora?

Huan Shon abrió por completo la puerta y se hizo a un lado.

—Por supuesto, adelante.

—Gracias.

Aurelius Fenron avanzó al interior del apartamento-oficina de Chelo Holmes y se inclinó para hacer una reverencia ante Lionardo. Luego le tendió la mano a la detective.

—Buenos días, doctor Fenron. ¿Quiere tomar algo? ¿Queso, pescado, leche, agua?

—No, muchas gracias. La verdad es que tengo algo de prisa por hablar con



usted. Con ustedes —se corrigió enseguida, mirando a Huan Shon y también a Lionardo.

—Ah, pues usted dirá.

—Quiero contratar sus servicios, señorita Holmes.

Chelo puso cara de auténtica sorpresa.

—¿Usted?

—Sí. Los he visto en acción y sé que puedo confiar en ustedes. Estoy seguro de que su ayuda me será de gran utilidad.

—¿Para qué, doctor Fenron?

—Me temo que no lo sé con exactitud —dijo el anciano, ahora sin sonreír—. Para resolver un misterio con más de tres mil años de antigüedad, o al menos para encontrar a mi ayudante, el doctor Torp. Si es que aún está vivo.





—Disculpe, ¿ha dicho..., acaba de decir tres mil años de antigüedad?

—Sí, eso he dicho, pero son más, en realidad. Cerca de cuatro mil.

—¿Puede explicar un poco más, por favor? ¿Por qué no se sienta y me cuenta de qué va esto?

—No, no dispongo de tiempo. ¿Acepta mi caso, señorita Holmes?

—No me ha dicho prácticamente nada del caso, doctor, pero viniendo de usted...

—Chelo intercambió una rápida mirada con Huan Shon y asintió—, claro, acepto el caso. Me alegro de que alguien como usted confíe en mí.

—Perfecto. Estupendo. Entonces tengo que pedirles que metan algo de ropa en una maleta y me acompañen. El avión está preparado para despegar.



—¿El avión? —exclamó Huan Shon.

—Un momento, un momento —dijo Chelo—. ¿Adónde quiere que lo acompañemos, doctor?

—Al desierto. Vengan conmigo y los pondré al corriente de todo durante el viaje.